



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Aguirre y la rebelión de los marañones

Autor: Barrientos, Juan José

Forma sugerida de citar: Barrientos, J. J. (1988). Aguirre y la rebelión de los marañones. *Cuadernos Americanos*, 2(8), 92-115.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 8, (marzo-abril de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## AGUIRRE Y LA REBELION DE LOS MARAÑONES

Por Juan José BARRIENTOS  
UNIVERSIDAD VERACRUZANA, MÉXICO

EN 1560 una expedición que había organizado y mandaba el capitán Pedro de Ursúa partió del Perú en busca de El Dorado por el río de las Amazonas, llamado en esa época Marañón;<sup>1</sup> los expedicionarios, desilusionados, asesinaron más tarde a Ursúa, desconocieron al Rey y proclamaron a don Fernando de Guzmán, que acababa de cumplir veinticinco años, príncipe de Tierra Firme y Perú y gobernador de Chile. Los cronistas atribuyen las ideas que inspiraron y animaron la rebelión a un expedicionario amargado llamado Lope de Aguirre, que no creía en leyendas y que obligó a los otros a continuar río abajo hasta el Atlántico con el propósito de volver al Perú y apoderarse de la colonia. No lo logró porque las fuerzas reales lo derrotaron en Venezuela y uno de sus "marañones" lo mató de un arcabuzazo. Su historia consta en varios relatos, pues para empezar, no le faltaron cronistas, como Francisco Vásquez, cuya versión ha sido publicada varias veces y figura en la colección Austral con el título de *Jornada de Omagua y El Dorado: Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras*; nos quedan además los testimonios de Diego de Aguilar y de Córdoba, publicados hace unos años por Elías Amezcaga en su libro

<sup>1</sup> Acerca del origen de la palabra Marañón, Ladislao Gil Munilla escribe que "Dos son las principales teorías, más objetivas, que explican el problema. Por una parte, la versión de Anglería haciendo responsables del nombre a los mismos habitantes de su desembocadura, que así se llamaban. Por otro lado, la de Castellanos, imponiendo al río el apelativo de unos navegantes que acompañaban a Pinzón... Las demás hipótesis no son ni siquiera probables. Pues tanto el pensar que proviene la palabra del asombro de un marinero de Orellana sobre si navegaban por un 'mar o non', como la de que, en este viaje, tales navegantes se vieron en una maraña de aguas, por lo que Orellana rectificó: 'Marañón', o la del capitán Marañón que en 1533 acompañaba al adelantado Mendoza, y la del que, con el mismo nombre, exploró el río por Jaén de Bracamoros... etc., son arreglos tardíos, muy posteriores a la aparición del nombre, en la primera década del siglo XVI" (*Descubrimientos del Marañón*, Sevilla, CSIC, 1954, p. 45).

*Yo, demonio*, y otras relaciones de españoles que participaron en esa entrada, así como la de Toribio de Ortiguera, escrita posteriormente, pero basada en las declaraciones de los participantes y que se ha publicado casi tantas veces como el texto de Vásquez.<sup>2</sup> Los historiadores han interpretado esas crónicas de manera muy diferentes, y ello ha dado lugar a varios "agarrones" sensacionales.<sup>3</sup> Finalmente, la historia entró a la literatura y hay, además de varias novelas, una película estupenda.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> La relación de Vásquez apareció primero en el t. xx, de la Colección de Bibliófilos Españoles (Madrid, 1881), con una advertencia del Marqués de la Fuensanta del Valle, más tarde recogida en el t. xv de la NBAE (1909) por don Manuel Serrano Sanz, quien también recoge el texto de Ortiguera. Ambas relaciones han sido reunidas con las crónicas de Gonzalo de Zúñiga y Pedro de Munguía, que originalmente se publicaron en el t. iv de la Colección de Documentos Inéditos de Indias (Madrid, 1865), así como con la de Custodio Hernández y la Anónima, que ya habían sido incluidas por Emiliano Jos en su libro sobre *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el Itinerario de los Marañoses* (Huesca, Imprenta de V. Campo, 1927), en *Lope de Aguirre: crónicas, 1559-1561* (Barcelona, Universidad de Barcelona, 1981), por Elena Mampel González y Neus Escandel Tur. La relación de Diego de Aguilar y de Córdoba, de la que Jos había publicado dos capítulos, aparece en *Yo, demonio* (San Sebastián, Ediciones Vascas, 1971, pp. 221-343), de Elías Amezaga. La relación Altamirano, que no he leído, se encuentra en el *Compendium and Description of the West Indies*, escrito en español por el fraile carmelita Antonio Vásquez de Espinoza en 1628 y cuya traducción al inglés de Charles Upson Clark ha sido publicada por la Smithsonian Institution (Washington, 1942). La edición del texto de Vásquez en la colección Austral mencionada aquí apareció en 1945 y está agotada, pero el mismo texto se ha publicado recientemente con el título de *Jornada de Omagua y Dorado: Crónica de Lope de Aguirre el Peregrino* (Madrid; Miraguano, 1979).

<sup>3</sup> Además de los estudios de Jos, la bibliografía de Aguirre incluye libros como *Lope de Aguirre y la Jornada de los Marañoses* (Buenos Aires, Menéndez, 1941), de Luis Germán Burmester, y *Lope de Aguirre el Rebelde: Estudio psico-patológico* (Lima, Imprenta Americana, 1942), de Juan B. Lastres y C. Alberto Seguin, comentados en Emiliano Jos, *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino* (Sevilla, CISC, 1950). Además, son muy importantes la biografía de Casto Fulgencio López, *Lope de Aguirre, el Peregrino: primer caudillo de América* (2a. ed., Barcelona, Plon, 1977) y el estudio de Julio Caro Baroja, *El señor Inquisidor y otras vidas por oficio* (3a. ed., Madrid, 1983), que contiene un ensayo titulado "Lope de Aguirre, traidor" (pp. 64-122).

<sup>4</sup> Además de las novelas analizadas aquí, Ricardo Palma tenía escrita en 1881 "una larga novela histórica titulada *Los marañones*, cuyo manuscrito desapareció en el incendio de Miraflores" de acuerdo con el testimonio de Edith Palma, citado por Raymond Marcus en su artículo sobre el tema "El mito literario de Lope de Aguirre en España e Hispanoamérica", en *Actas del Tercer Congreso de la Asociación Internacional de Hispa-*

La historia misma tiene ya rasgos literarios. En sus últimos momentos, Aguirre se encontró solo y completamente desesperado, pero "en lugar de arrepentirse, hizo otra crueldad mayor que las pasadas con que las selló todas", pues "entró en un aposento donde se alojaba y estaba su hija, y... le dio de puñaladas, diciendo que no había de quedar entre sus enemigos... para que la llamasen hija del traidor" (Amezaga, *op. cit.*, pp. 338-339). Ese asesinato es sin duda uno de los momentos más dramáticos de la sangrienta jornada.

La expedición, además, comenzó de un modo que anunciaba ya la tragedia. Pedro de Ursúa desoyó los consejos y advertencias de sus amigos, que le pedían que se deshiciera de algunos acompañantes considerados muy peligrosos y que, más tarde, lo mataron; también le rogaban que no llevara consigo a doña Inés de Atienza que era una *chola* (o mestiza) considerada la mujer más bella del Perú, con la que se había amancebado. Pedro de Ursúa no le hizo caso, como tampoco Julio César leyó el pliego que le entregaron camino al Senado para avisarle que ahí lo aguardaban los puñales de sus amigos.<sup>8</sup>

#### *Una recreación de Uslar Pietri*

ARTURO Uslar Pietri trabaja estos y otros hechos por el estilo en los primeros capítulos de su novela *El camino de El Dorado*

*nistas* (México, El Colegio de México, 1970, pp. 581-592); además Abel Posse ha publicado otra novela sobre Aguirre titulada *Daimon* (1978), que no comento en este trabajo porque no es una versión de la historia de los marañones, sino una especie de continuación. Hay que agregar que también se han escrito diversas obras de teatro, como la de José Acosta Montoro, comentada por Raymond Marcus en el trabajo ya mencionado y que se cita más adelante, y las de Alfredo Briceño Picón —mencionada por López en su bibliografía— y Elías Amezaga incluida en *Yo, demonio*.

<sup>8</sup> Además, López describe la muerte de Ursúa de un modo que recuerda la de César, pues al ver entrar a sus asesinos en la choza donde se hallaba, el gobernador preguntó:

—Ea, caballeros, ¿qué os trae por aquí a estas horas?

—Agora lo veredes —le contestó Alonso de Montoya— y le dio con una espada a dos manos por los pechos, que lo pasó de una parte a otra. Haciendo un esfuerzo, Ursúa se levantó de la hamaca y al ver entre los asesinos a su paisano Martín Pérez, tuvo fuerza para recriminarle: ¿Vos también contra mí, hermano Martín Pérez?

—Sí, tal, contra vos, Pedro Francés —contestó aquel y le tiró una cuchillada que los demás secundaron con más de cincuenta estocadas y lo acabaron todos por las tripas. (p. 120).

(1947)\* y logra crear una atmósfera ominosa, cargada de presagios y de malos augurios. Su relato es sobre todo notable por la manera en que el autor regula la información mediante la adopción de un punto de vista restrictivo, y en el primer capítulo tenemos ya un buen ejemplo de su técnica. Lo que ahí se cuenta es el secuestro del padre Portillo, que era el párroco de Moyobamba, un pueblo situado no muy lejos del astillero donde Pedro de Ursúa había hecho armar algunas embarcaciones para la expedición; este cura había prometido a Ursúa que le prestaría dos mil pesos a cambio de que lo nombrara vicario de la jornada, pero luego se arrepintió y no quiso participar en la entrada ni proporcionar el dinero, por lo que el gobernador, que ya contaba con él, buscó la manera de quitárselo. De acuerdo con Vásquez, "por concierto hecho con el gobernador, el Pedro de Miranda, una noche muy oscura, á medianoche, desnudo, en camisa, fué a casa del Clérigo y llamando á la puerta á muy gran priesa, con grandes golpes fingiendo alteración le dijo que el D. Juan de Vargas se estaba muriendo, que le rogaba por Dios que le fuese á confesar; y el Clérigo le creyó y salió de su casa medio desnudo á mucha priesa, y llegando a la iglesia que está fuera de la conversación de las casas del pueblo, los soldados... con arcabuces y las mechas encendidas, le tomaron en medio, dentro de la iglesia, y con temor de que le matasen, le hicieron firmar un libramiento de dos mil pesos, que ellos traían hecho, para un mercader en cuyo poder el Clérigo tenía los dineros, y ansí desnudo como estaba sin le dejar volver á su casa ni hablar con nadie, lo hicieron subir en un caballo y aquella noche contra su voluntad, lo llevaron a los Motilonos" (Mampel, *op. cit.*, p. 205). En cambio, Uslar Pietri relata el incidente, no desde la perspectiva de los secuestradores, sino desde la del secuestrado, pues el padre Portillo oye que tocan a su puerta una noche, abre, ve al mulato que le dice que Vargas se está muriendo y pide confesión, lo acompaña y sólo cuando ya es demasiado tarde se da

---

\* Es curioso que ningún escritor haya comparado la captura del rey negro Bayamo, que aterrorizaba a los españoles de Panamá con sus cimarrones, con la del galo Vercingetorix, porque César llevó a éste prisionero a Roma, y Ursúa no sólo "verificó su entrada victoriosa en Nombre de Dios en medio del entusiasmo general", sino que "Desde Panamá, a fines del año de 1558, y en compañía de Bayamo, Pedro de Ursúa, envuelto ya por una aureola legendaria, trasladándose al Perú para presentarse al virrey" (José de Anteche, *Lope de Aguirre*, traidor, San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial de Guipuzcoa, 1974, p. 60); más tarde, el negro fue remitido a España, donde vivió en Sevilla a cargo del Tesoro Real. (4a. ed., Buenos Aires, Losada, 1967).

cuenta de que ha caído en una celada. Y así, lo que en las crónicas se sabe de entrada, aquí sólo se descubre al final.

Del mismo modo se dramatizan otros episodios. Asegura Vásquez que Pedro de Ursúa anduvo año y medio por el Perú preparando la expedición y que mientras tanto los carpinteros y la gente de mar que había dejado en el astillero "hicieron once navíos grandes y pequeños, y entre ellos . . . un géneros de barcas muy anchas y planudas, que llaman chatas" (Mampel, *op. cit.*, pp. 206-207); desafortunadamente, "por lo mucho que digo que el Gobernador se detuvo, y por la ruín maña que se dieron los oficiales y los que allí quedaron, o porque la tierra es muy lluviosa, se pudrieron de suerte que al echarlos al río se quebraron los más dellos" (p. 207); en cambio, en la novela esto sólo se sabe al final del capítulo cuarto cuando Aguirre y otros llegan a Topesana, junto al río de los Motilones, y se encuentran a la gente "como amotinada" (p. 43), porque las embarcaciones se habían hundido. También emplea Uslar Pietri la misma técnica en el capítulo decimosegundo, donde don Fernando de Guzmán "se asomó por una rendija y vio que, frente a su casa, estaba congregado todo el campamento" (I 106), pues entonces escucha con angustia creciente el discurso en que Aguirre pide que se le reconozca y obedezca como a príncipe y señor natural; de momento, se queda sin saber qué hacer, pues únicamente después habría de reaccionar y asumir el papel que se le imponía. Lo que cuenta Vásquez es que Aguirre "hizo juntar un día toda la gente delante de la puerta de D. Fernando, su General, y, según dijeron algunos, sin comunicarlo con él, ni ser él sabedor dello; y según otros quisieron decir, que, inducido por un Gonzalo Duarte, que era su mayordomo y por Lorenzo de Çalduen-do, capitán de su guarda, dio a ello consentimiento" (Mampel, *op. cit.*, p. 223). Pero Uslar Pietri prefiere la versión de los que sostenían que a don Fernando lo tomó desprevenido su proclamación y al relatar el episodio desde la perspectiva del paciente, no del agente, lo presenta como un pelele y realza en cambio la figura de Aguirre.

En general, Uslar Pietri supo convertir en una novela las crónicas de la rebelión de los marañones sobre todo mediante la acertada elección de un punto de vista restrictivo, pero también mediante el desarrollo en escenas de lo que Vásquez y otros cronistas sólo relatan de manera sucinta; sin embargo, no ofrece ninguna interpretación de los hechos que rebasa la de las crónicas, pues sólo se dice que peleaba para que "el reino [del Perú] quede de una vez para siempre para los que lo conquistaron y poblaron" (p. 21). *El camino de El Dorado* empieza de noche (con el se-

cuestro de Portillo) y al final Custodio Hernández corta la cabeza a Lope de Aguirre, que ha sido abatido a arcabuzazos y sale de la casa en que se hallaba precisamente en el momento en que amanece. Por eso todo lo que se cuenta en la novela parece una pesadilla. Además, Hernández lleva la cabeza colgada "como un farol apagado" (p. 259). Así, Aguirre aparece como un hombre fuera de lo común, pero en cierto modo también como el iniciador de la emancipación americana, un fuego que volvería a prender.

*Las explicaciones de Ramón J. Sender*

RAMÓN J. Sender se propuso ante todo explicar en su novela la rebelión de los marañones;<sup>7</sup> esa rebelión era una especie de escándalo y para entenderla no bastaba con recordar que su protagonista principal era conocido en el Perú como Aguirre, *el loco*. Es cierto que Sender aparenta recoger esta tesis al relatar que, cuando nació su hija Elvira, Lope de Aguirre "salió de su casa para avisar al cura y bautizarla y, habiéndose olvidado por el camino, se fue a beber con el primer conocido que topó" (p. 25), así como que, después de asesinar a Salduendo en presencia de Guzmán, entró al bohío de doña Inés de Atienza y la mulata María. "Pero no había nadie, y entonces recordó que había dado órdenes de que las mataran" (p. 219), todo lo cual revela un desarreglo mental. Lo importante, sin embargo, es que Aguirre "publicaba que se había alzado porque había servido á Su Majestad veinte y cuatro años en el Pirú, y que no había habido remuneración de sus servicios" (Mampel, *op. cit.*, p. 27), ya que así todos sus actos se explican por un deseo de reivindicación. En otras palabras, Sender recoge una de las tesis reseñadas por Emiliano Jos en su libro *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre*,<sup>8</sup> pues éste recuerda que los

<sup>7</sup> *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, 6a. ed., Madrid, Magisterio español, 1977, p. 25.

<sup>8</sup> En la bibliografía de *Ciencia y osadía*, Jos incluye una reseña de su primer libro escrita por Sender y publicada en el cotidiano madrileño *El sol* (11 de noviembre de 1927); además, Sender reconoce que tomó de ese libro la carta de Aguirre a Felipe II y la que dirigió al padre Montesinos, así como el acta de rebelión del 23 de marzo de 1561, textos en los que se permitió "modernizar la ortografía y también ligeramente —no del todo— el estilo para que no desentone demasiado del resto del libro Roger Duvivier ha escrito, por lo demás, un ensayo acerca de la novela de Sender y el primer libro de Emiliano Jos. ("La pérégrination du tirano Lope de Aguirre d' Emiliano Jos á Ramón J. Sender. Chronique ultime et défense épique d'un anti-héros de la primitive histoire américaine", en

alienados razonantes se caracterizan "por la persistencia de su lucidez y el carácter lógico de su delirio que se traduce por un deseo de reivindicaciones más o menos quiméricas, obsesionantes, persistentes, [que acaban] conduciendo [los] a la agresión peligrosa y al crimen" (p. 16); aunque estos personajes son "teatralmente interesantes cuando no sanguinarios, . . . solamente conducen a movimientos o hechos inútiles o prematuros" (p. 14); por lo general, comienzan por sobrevalorar ciertas ideas que los llevan a pensar que se ha cometido una injusticia con ellos y a buscar un culpable, hasta caer en el delirio de reivindicaciones. A pesar de que no tienen ideales y sólo tratan de vengar supuestos agravios, "No es raro que sus concepciones delirantes se comuniquen a quienes los acompañan" (p. 16), pues sobre todo "las épocas de intensas y extensas convulsiones históricas, provocan la ascensión a la superficie de la vida colectiva, de personalidades psicológicamente mórbidas, las cuales comunican a los acontecimientos una nota vesánica, que en épocas normales sería simplemente delictuosa y privada" (p. 14). Por su parte, Ramón J. Sender hace suya esta observación cuando escribe que "en tiempos confusos el más extremista suele arrastrar consigo las opiniones de los otros, y Lope de Aguirre lo era. Tenía, pues, no pocos partidarios" (p. 151); también señala que "Entre todas las palabras que [Aguirre] relacionaba con su estado había una que le parecía especialmente adecuada: venganza. . . Pero había otra mejor para Lope: *reivindicación*" (p. 67). Sin embargo, Sender no se limita a repetir la tesis mencionada, pues recuerda que Aguirre había pasado a las Indias con el deseo de "valer más" y se da cuenta de que el caudillo quería por lo menos ganar fama; por eso en su novela el rebelde piensa que "Gente más ruin que yo hay en el mundo y con todo y eso han prosperado y algunos han salido adelante con títulos del reino y con muchos millones de pesos de oro fino" (p. 67); es cierto que "Algunos sólo sacaron fama y reputación, pero algo es salir del montón anónimo y lograr un puesto en la memoria de las gentes" (p. 67).

Por otra parte, Sender observa que "todo el mundo debía descontentar en la intemperancia y en la irritación de los demás lo que correspondía a la fatiga nerviosa de aquellos calores, a la que Pedrarias de Alместo llamaba el paroxismo ecuatorial, y otros la *tarumba del equinoccio*", pues "en aquellas latitudes cada cual te-

Jean Marie D'Heur y Nicoletta Cherubini, eds., *Etudes de philologie romane et d'histoire littéraire offerts à Julius Horrent à l'occasion de son soixantième anniversaire*, Tournai, Gedit, [1979]. Al recoger la teoría de Pardall, Sender parece haber leído también el segundo.

nía derecho a una cierta incongruencia y a una cierta irresponsabilidad" (p. 209). De ahí el título de su novela: *La aventura "equinoccial" de Lope de Aguirre* (1964). En resumidas cuentas, no se puede comprender la sangrienta jornada del Marañón sin tener en cuenta la naturaleza de la región, que exacerbó los ánimos y agravó el delirio de Aguirre; por eso Sender rellena su relato con innumerables datos acerca de los animales que poblaban la selva, como el de "una cigarra tan gritadora o más que las de España y que tenía el cuerpo parecido, pero, así como la de España era inofensiva y los chicos las cogían y jugaban con ellas, la del Amazonas tenía la cabeza triangular como las víboras y llevaba en el pecho una espina o aguijón de media pulgada de largo y por el cual segregaba al clavarlo un veneno más activo que el del alacrán" (p. 224) o una araña grande y peluda que cazaba pájaros, pero era víctima de la picadura de una pequeña mosca que la atacaba en uno de los ganglios motores y la paralizaba para depositar sus huevos en su cuerpo, de modo que las larvas se alimentaran de ella, pues "se la iban comiendo viva"<sup>9</sup> (p. 263). Además, Sender recoge abundantes observaciones sobre las costumbres de los indígenas, de los que unos "llevaban las orejas desgarradas, pues se las habían alargado tanto que les descansaban sobre los hombros cortadas en dos colgajos, que a ellos les parecían signo de belleza y de importancia" (p. 216); éstos solían tomar un polvo por la nariz, "aspirándolo de un tubo con una cazoleta al final (como una pipa)" o tomándolo "entre el pulgar y el índice" (p. 216); ese polvo era "la semilla del *paricá* pulverizada", que producía efectos dispares, ya que "a unos los hacía caer en un estado de éxtasis y desgana y a otros los excitaba y enloquecía, en apariencia según el temperamento de cada cual" (*loc. cit.*); también se refiere a los *tupíes*, que "tienen dos mujeres, una joven y otra vieja, y ésta ejerce autoridad sobre todos los hijos, los propios y los de la otra" (p. 234); entre sus costumbres está la de rapar a las niñas de nueve años y tatuarlas en la cadera, los pechos y el vientre con una espina de *macú* que mojan en la tinta de la planta

<sup>9</sup> sospecho que todos estos datos proceden del libro *Los tupi del Oriente peruano. Estudio lingüístico y etnográfico por el P. Lucas Espinosa, misionero apostólico agregado a la expedición Iglesias al Amazonas* (Madrid, 1985), las noticias de animales posiblemente hayan sido tomadas de "Algunos datos nuevos o curiosos de la fauna del Alto Amazonas", de Marcos Jiménez de la España, que se publicó en el Boletín de la *Revista Universal de Madrid* (1870). Por supuesto, es posible que Sender simplemente haya leído *Un viaje al Amazonas en el IV centenario de su descubrimiento*, de Francisco Iglesias, que apareció en el diario madrileño ABC en doce entregas, del 20 de diciembre de 1942 al 11 de abril de 1943.

que llaman *genipapo*, y, cuando les vuelve a crecer el pelo, se las dan a sus pretendientes y las casan; otra costumbre igualmente curiosa es que, "Cuando muere el marido (las mujeres) lo entierran en la misma choza, debajo del lugar donde dormía, siempre envuelto en su propia hamaca" (p. 234). Es claro que todo esto no tiene otro propósito que el de atenuar los crímenes y el horror de la sangrienta jornada; es como si el carácter monstruoso de la naturaleza y las costumbres extrañas de los indios aminorasen la culpa de los rebeldes y la saña de Aguirre. De paso, se desarrolla un personaje de las crónicas, pues Pedrarias de Alместo se convierte en un paciente y sagaz observador de la naturaleza y de las tribus amazónicas para explicar así la incorporación de todo el material mencionado que aparece en la novela como parte de sus notas de viaje.

En general, el relato de Sender es mucho más profundo que el de Uslar Pietri y también que el de Otero Silva; es claro que para él los cronistas apenas dejaron un sumario de lo que pasó y es necesario que un novelista lo amplíe y nos suministre los detalles que aquéllos no consignaron. Por ejemplo, Uslar Pietri relata que cuando los marañones estaban desarmando a don Juan de Vargas, después de matar a Ursúa, "llegó Martín Pérez que venía a la carrera, y sin decir palabra, de una tremenda estocada atravesó a Vargas y con la punta que sobresalió hirió malamente al soldado que lo estaba desarmando", por lo que "Los dos se desplomaron al suelo y fue necesario hacer fuerza sobre el cuerpo con un pie para arrancarle la espada" (p. 93). Otero Silva menciona el nombre del soldado herido accidentalmente, que también se llamaba Juan de Vargas, y varios cronistas habían registrado antes ese detalle, pero Sender imagina otros; por un lado, escribe que este otro Juan de Vargas siempre se había mostrado muy dispuesto a matar al amigo de Ursúa y que todos pensaban "no quiere que haya sino un Juan de Vargas en el mundo" (p. 119); por otro lado, Sender asegura que Martín Pérez lo había dejado malherido, pero Vargas "no lograba hacerse oír de Loaisa el cirujano ni de nadie que pudiera curarlo" (pp. 125-126), por lo que acabó llamando al padre Portillo, al que "le hizo una confesión de crímenes de todas clases y perversiones y aberraciones" (p. 126); sin embargo, no murió y "siempre que veía al padre Portillo lo miraba receloso entre tímido y airado" (p. 126).

En ciertos momentos, Sender nos recuerda que la Conquista tuvo el carácter de una epopeya comparable a la del Oeste, pues incorpora episodios como la aventura de García de Arce con una mujer a la que conoció en su viaje de Quito a Lima, que hizo casi

todo por mar: "ella le dijo que era la esposa de un capitán que iba a Lima a reunirse con su marido, y que por eso le estaban mal los martelos. Aquello de ser la esposa de una persona de cierta suposición encalabrino a Arce y llegaron a tener relación íntima de lo que sucedió una enfermedad de morbo gálico que lo tuvo a la muerte", después de lo cual averiguó que "Ni ella estaba casada ni Dios que lo fundó, y se daba aires y humos para salir mejor con la suya" (p. 32). La historia parece arrancada de las páginas del *Decamerón*, pero podría también adaptarse a los cuentos del Oeste, pues incluso García de Arce prefigura a Buffalo Bill, ya que era un tirador excepcional y en una ocasión mató de un solo tiro a cuatro indios "poniendo en el cañón del arcabuz dos balas enramadas con alambre de acero" (p. 73), detalle que también mencionan las crónicas. Es claro, en fin, que uno de los méritos de Sender es el de haber sabido relatar con humor la historia de la rebelión de los marañones.

#### *La apología de Miguel Otero Silva*

EN *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*<sup>10</sup> (1979), Otero Silva se propuso ante todo acreditar al rebelde como un precursor de la emancipación americana, recordando que Bolívar auspició la difusión de la carta que Aguirre escribió al rey; además, sabía que el historiador venezolano Casto Fulgencio López ya había considerado como "el acta primera de la independencia de América" aquella en que los marañones se desnaturalizaron de los reinos de España y se proclamaron vasallos de Guzmán, así como que esta tesis, apasionadamente rechazada por Emiliano Jos, había sido sostenida por otros historiadores; lo importante, de cualquier modo, es que para defenderla Otero Silva tuvo que reelaborar considerablemente la historia. En las otras novelas sobre Aguirre "Ni siquiera a retazos se nos dice de dónde venía ese vasco loco ni en qué aventuras anduvo antes de esta expedición a tierras de los Omaguas. Nada de su familia, del medio en que se crió, del origen de esa hija mestiza que ama, de la indefinida mujer que lo acompaña";<sup>11</sup> en cambio, Otero Silva no empieza *in medias res* y

<sup>10</sup> Barcelona, Seix Barral, 1979.

<sup>11</sup> Amaya Llebot, "El camino de El Dorado. Naturaleza y rebelión", en *Anuario de la Escuela de Letras, Universidad Central de Caracas, Venezuela* (1979), p. 139. Las palabras citadas se refieren únicamente a la novela de Uslar Pietri, pero también se pueden aplicar, como lo hago yo, a la de Sender.

cuenta toda la vida del rebelde para poder defenderlo; por eso su relato es más parecido a una biografía y de hecho se basa en *Lope de Aguirre. el peregrino* (1947), de Casto Fulgencio López.

Este ya había recordado los antecedentes de Aguirre para explicar su rebeldía; era vasco, para empezar, y "Desde mediados del siglo xv. . . los vecinos de Oñate. . . habían desafiado a los prisioneros de Enrique IV, pagando en el destierro y en la horca el crimen de *lesae majestatis*" (p. 12); en esa época el conde don Pedro Vélez de Guevara ejercía el mayorazgo, y los vecinos "pugnaban por liberarse de esta última servidumbre de condepecheros"; las luchas habían sido sangrientas, y "Mondragón, el pueblo rebelde, fue consumido por el fuego que prendió el conde en 1448" (p. 12). Es posible que Aguirre haya oído hablar de estos hechos en su niñez y que en esa forma se le haya inoculado ya cierta rebeldía, pero Otero Silva es mucho más específico, pues cuenta que al abuelo materno de Aguirre le habían cortado la lengua por criticar al conde; el dato es inventado por él, pues no lo menciona nadie, y la verdad es que "los veintitantos primeros años de su vida permanecen en la oscuridad más absoluta" (Caro Baroja, *op. cit.*, p. 77), pues "No estamos en situación de precisar (...) Ni siquiera de Araoz, como han dado en aceptar sus biógrafos últimos" (*loc. cit.*). En todo caso, el episodio está ahí para recordarnos que Aguirre pertenecía a un pueblo oprimido, pero tenaz. Además, Otero Silva recoge la suposición de que Aguirre era un segundón, la que también se encuentra en el libro de Casto Fulgencio López, pues los primogénitos por lo general no emigraban; así adopta una de las tesis reseñadas por Jos en *Ciencia y osadía*, pues quienes la presentaron ya habían señalado que el segundón cuyo temperamento es poco sumiso "reacciona ante el hermano al que la ley y las costumbres han colocado encima", así como que su resentimiento y rebeldía "se proyectan luego al padre, al jefe, al Rey, a Dios" (p. 7).

En seguida, Otero Silva relata lo que se ha llamado la "primera rebelión" de Lope de Aguirre.<sup>12</sup> Este desembarcó en Cartagena, donde a la sazón era gobernador don Pedro de Heredia, y desde allí participó en diversas entradas a las regiones adyacentes, donde "Desde tiempos remotos los niños habían acumulado (...) las sepulturas de sus caciques enterrándolos con todas sus joyas,

<sup>12</sup> Raymond Marcus menciona un artículo de Demetrio Ramos titulado "Lope Aguirre en Cartagena de Indias y su primera rebelión" en *Revista de Indias* (Madrid), 1958, pp. 511-540, en el que se debe ampliar lo que sobre esto escribe Casto Fulgencio López, cuya biografía Marcus no leyó.

armas y vajillas, regularmente hechas o contrahechas de oro" (López, *op. cit.*, p. 25). De acuerdo con López, en una incursión Aguirre "amontonó una cantidad de oro subestimado por Heredia en ciento cincuenta mil ducados", pues el gobernador siempre se las arreglaba para pagarles a los soldados menos de lo que les correspondía; debido a esto Aguirre, que había sido enviado por el gobernador a la región de Urabá, logró que los expedicionarios se pasaran a la Castilla del Oro, donde antes que nada levantó un acta "haciendo constar la cuantía del robo hecho por el gobernador de los soldados de Su Majestad, los maltratos y castigos, y lo que era más grave, la estafa de los quintos del rey" (p. 26). En su novela, Otero Silva no menciona este documento y Aguirre se aleja de Cartagena, cansado de profanar sepulturas; el hecho de que esto era un sacrilegio que la Inquisición castigaba severamente debía influir en un cristiano, y además Aguirre había pasado a las Indias para "más valer", no para rebajarse. Más tarde, Aguirre obtuvo en Panamá, cuyo gobernador estaba empeñado en abrir un canal entre los océanos, una real cédula en la que se le nombraba regidor en el Cuzco "en recompensa de sus servicios, suficiencia y habilidad" (p. 40).

Acerca de sus actividades en el Perú. Vázquez había escrito que "solamente fue con Diego de Rojas a la entrada de los Chunchos, y después que de allá salió con el capitán Pedro Álvarez Holguín, en favor de Vaca de Castro, y víspera de la batalla de Chupas, se escondió en Guamanga, por no hallarse en ella" (Mampel, *op. cit.*, p. 270); en cambio, el relato de Otero Silva es decididamente apologético, pues se explica que Aguirre no quiso pelear en esa batalla, donde murió Perálvarez, porque no le simpatizaba ningún bando y no por miedo; además, se menciona que había participado en cuatro entradas, las que le permitieron comprender que "En este Pirú soñábase (...) por motivo de las tierras de los Chunchos, tal como sospirábase en Panamá por el Dabaibe, y en Quito por el país de la Canela, y en toda Tierra Firme por el Dorado" (p. 40); más tarde, esto explicará su comportamiento en la entrada de los Omaguas. Por su parte, Vázquez había escrito también que "en el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fue por alguacil de Verdugo, [Aguirre] se quedó en Nicaragua, y no volvió hasta pasada la batalla de Xaquixaguana, y muerto y desbaratado Pizarro" (Mampel, *op. cit.*, p. 270); sin embargo, para Otero Silva esto es una tergiversación de los hechos pues en su novela recuerda que Aguirre defendió la causa del virrey Blasco Núñez Vela, que fue vencido y capturado por Pizarro, quien más tarde le mandó cortar la cabeza; incluso asegura que Aguirre trató de res-

catarlo, pero fue delatado y tuvo que huir a Cajamarca, donde se unió a Melchor Verdugo, con quien logró apoderarse de Trujillo, declarando esta plaza leal a la Corona; es cierto que posteriormente tuvieron que abandonarla, porque Carvajal se acercaba con fuerzas numerosas, y pasaron a Nicaragua, pero "no en escurribanda asustada sino con el recio ánimo de recoger hombres para volver (...) al frente dellos" (p. 49). En resumidas cuentas, Otero Silva corrige el apresurado y tendencioso relato que había hecho Vásquez.

En realidad, en su libro Casto Fulgencio López ya había contado que Verdugo y Aguirre no permanecieron ociosos, pues apenas desembarcaron en el Realejo, tuvieron que batirse con las tropas que mandó a perseguirlos el general Pedro de Hinojosa, que se había puesto de parte de Pizarro y únicamente más tarde se pasaría del lado de la Corona; tiempo después, tuvieron que huir por el lago de Nicaragua y el río Desaguadero hasta el Atlántico, donde lograron apoderarse de la ciudad de Nombre de Dios, que estaba en poder de los pizarristas; posteriormente, la incendiaron cuando Hinojosa envió en su contra nuevas tropas, y huyeron a Cartagena para ponerse a la disposición del nuevo virrey, don Pedro de La Gasca; por eso lo nuevo en esta novela es que el mismo Aguirre relata sus andanzas en una carta (apócrifa, desde luego) que le escribió al emperador Carlos V, para quejarse de que no se le tuviera en cuenta en "el repartimiento de mercedes que hizo el Presidente La Gasca en Huaynarina" (p. 51), donde se recompensó en cambio a muchos traidores que a última hora se pasaron al campo real.<sup>23</sup> Es cierto que Aguirre parece alabarse demasiado en esa carta cuando asegura que Verdugo y él tuvieron que "atrave-

<sup>23</sup> En realidad, ya en la novela de Sender, Aguirre escribe una breve autobiografía, pero en ésta no aclara gran cosa; por ejemplo, asegura que cuando llegó al Perú, la gente "andaba separada en bandos, unos por Pizarro y otros por Almagro, de lo que vino la contienda de 1538, en donde si me hallé o no me hallé a nadie le importa" (p. 26); más adelante, agrega que "De lo que pasó en Trujillo, donde yo estaba no diré palabra, que otros hablarán por mí si quieren, y podría hacerlo el padre Henao, que por sus hábitos es hombre de verdad, y otro Aguirre llamado Juan, que estaba también allí" (p. 27). En fin, Sender no aprovecha la oportunidad para reconstruir o inventar esa parte de la vida de Aguirre que sólo se conoce por sus detractores, cuyas declaraciones no refuta. El texto, por otra parte, no se dirige a nadie en particular, y Aguirre al final lo quema, porque era muy comprometedor; en cambio, Otero Silva presenta una carta dirigida al rey que aclara por qué Aguirre, como señala Vásquez, "publicaba que había servido a su Majestad veinte y cuatro años en Pirú, y que no había habido remuneración de sus servicios" (Mampel, *op. cit.*, p. 271).

sar comarcas nunca antes caminadas por los hombres, y barquear ríos jamás antes navegados, y desperdiciar descubrimientos quizá parejos a los que había hecho primeramente Vasco Núñez de Balboa, y salir del lago de Nicaragua por el río nombrado Desaguadero hasta caer en el Marte del Norte" (p. 49); sin embargo, la verdad es que sólo repite lo que sobre esa travesía escribió el cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara en su *Historia de las Guerras Civiles del Perú*, citada por Casto Fulgencio López.<sup>14</sup> Eso sí, Aguirre no cuenta en qué forma Verdugo y él se apoderaron de las autoridades y algunos vecinos distinguidos de Trujillo, a quienes impusieron una contribución para los gastos de guerra, pues sólo menciona que rindieron "con sotileza y ardid la dicha ciudad" (p. 48); en cambio, la versión de Casto Fulgencio López es menos vaga y también menos favorable a Lope de Aguirre. De cualquier modo, la carta explica el descontento de éste.

Además, en los *Comentarios reales* el Inca Garcilaso menciona a un hidalgo español apellidado Aguirre, que mató a un juez que lo había sentenciado abusivamente a recibir doscientos azotes, y aunque no es seguro que este Aguirre sea el mismo del Maraño, Casto Fulgencio López los identifica, y lo mismo hace Otero Silva, que así le atribuye a Lope de Aguirre un crimen que no menciona ninguno de los cronistas empeñados en difamarlo.<sup>15</sup> Sin embargo, en esa forma explica su odio a los letrados, así como que huyera a los Charcas, donde participó en el asesinato del general Pedro de Hinojosa y en el levantamiento de don Sebastián de Castilla. De acuerdo con Casto Fulgencio López, "Tomaban ahora como

---

<sup>14</sup> Se menciona como "la navegación más peligrosa que se ha visto ni oído jamás por acá en este Nuevo Mundo, que se puede contar y comparar con las navegaciones de los famosos y heroicos varones y capitanes hicieron por mares no conocidos ni sabidos, porque este gran río jamás había sido navegado por ningunos españoles, ni por los indios" (p. 47).

<sup>15</sup> Emiliano Jos escribe que "Desde 1546 la biografía realmente histórica de Aguirre, con un punto de apoyo en su retorno al Perú después de la batalla de Xaquixaguana, debe saltar al de 1553 con el asesinato de don Pedro de Hinojosa, el mismo general de Pizarro que entregó su flota a La Gasca y que antes hizo huir de Nombre de Dios a Melchor Verdugo" (*La expedición*, p. 47). En seguida, recuerda que "Refiere el Inca Garcilaso un caso notable ocurrido (1548) en Potosí, con un fulano de Aguirre, pequeño de cuerpo y de ruin talle. Este Aguirre y el del Maraño eran de ruin talle y corta estatura, pero la indeterminación del nombre causa la nuestra para identificarlos. Pudo Garcilaso aclarar la cuestión cuando —en el libro VII, cap. IV de su *Historia del Perú*— habla de paso de Ursúa, Guzmán y Lope de Aguirre, hombre de perversa condición y obras, pero no lo hace y así queda incierto el caso. Para Mendiburu, en su *Diccionario*, son dos hombres distintos" (*La expedición*, p. 47).

pretexto los revoltosos la publicación de la Real Cédula que prohibía terminantemente el trabajo personal de los indios" (p. 68), pero Otero Silva no dice nada de esto y más bien atribuye la rebelión al descontento provocado por los oidores; en cambio, antes había recordado que la rebelión de Gonzalo Pizarro se debió a las ordenanzas reales con que se pretendía "aliviar la esclavitud a los indios, quitar repartimientos a los encomenderos y ministradores, y vedar que a los naturales se les consumiese en trabajo animal" (p. 46). Es claro que al presentar los hechos de un modo más favorable a Lope de Aguirre, Otero Silva trata de acreditarlo como un precursor, por todos conceptos, de la emancipación americana, o sea como un libertador y no sólo como un rebelde.

También se puede apreciar el carácter apologético de la novela en la forma en que Otero Silva reelabora otros episodios de la historia como el de la muerte del gobernador de la isla Margarita a quien Aguirre mandó dar garrote con otras personas; en su relación Vásquez asegura que Aguirre mandó matarlos "por prender más a sus soldados, que no se le osasen huir" (Mampel, *op. cit.*, p. 239), y Uslar Pietri recoge esta versión en *El camino de El Dorado*, pero Ortiguera explica que además "habían venido á la isla ciertas piraguas de indios de los Arauacas y de otras partes de la Tierra Firme á hacer sus rescates y contrataciones como solían hacer otras veces, y mandó Lope de Aguirre á don Juan de Villandrando y á su alguacil mayor con un alcalde y otros dos ó tres que se los guardasen, y no sólo no los guardaron, antes dijeron y les mandaron que á toda priesa se fuesen á sus tierras y casas, porque Lope de Aguirre no les hiciese algunas molestias y fuese causa de perder el contacto y rescate de los indios de allí adelante" (Mampel, *op. cit.*, p. 133). En su novela, Otero Silva recoge estas acusaciones, pero además asegura que el gobernador y los otros aún en prisión conspiraban y "permitíanse enviar mensajeros al navío del fraile Montesinos" (p. 267), aconsejándole que atacara a los marañones; en esto, sin embargo, coincide con Sender, en cuya novela Aguirre explica a Villandrando y los otros que los había delatado un portugués avecindado en la isla, pero que se había incorporado a los rebeldes. Por otra parte, Otero Silva presenta de modo poco favorable al gobernador, asegurando que Aguirre pudo tomar la isla debido a su codicia; de acuerdo con Vásquez, algunas personas les proporcionaron alimentos a los marañones, que acababan de desembarcar, y astutamente Aguirre les recompensó con joyas y prendas que habían sido de Ursúa; los reconocidos divulgaron esto en el pueblo "y aún decían más, que era gente muy rica del Perú, y que venían enfermos y muertos de hambre,

y que daban mucha plata y oro, y joyas que traían, a trueque de comida" (p. 95); por eso el gobernador se apresuró a ir a recibirlos y cayó en sus manos; lo mismo dice Diego de Aguilar y de Córdoba, pero Arteché pretende que "Debemos creer su gesto inspirado en sentimientos de cristiana solidaridad" (p. 180), y Sender también escribe que "Como (los enviados de Aguirre) iban flacos y amarillos del viaje, y sin armas, daba compasión mirarlos" (p. 272); además, explica que los isleños habían creído que los recién llegados eran piratas y al ver que eran españoles "se alegraron, y como suele suceder la sorpresa les hizo confiarse más de lo razonable" (p. 272). En cambio, Otero Silva exagera los comentarios de los vecinos acerca de la riqueza y generosidad de los peruleros hasta el punto de que al gobernador le anuncian la llegada de unos naufragos que "dicen haber descubierto el tesoro de los Omaguas que es más rico que el mismísimo Dorado" (p. 244); recuerda que Villandrando debía su puesto a su matrimonio y escribe que al oír la noticia vislumbró la posibilidad de enriquecerse por su cuenta.

En su novela, Otero Silva maneja diversas técnicas —desde el diálogo dramático en el que incluso intervienen coros, como en las antiguas tragedias, hasta pasajes en tercera persona, donde se cuenta desde el punto de vista de otros personajes—, pero por lo general adopta la perspectiva de Lope de Aguirre, ya sea que escriba en tercera persona o en primera, como en las cartas y monólogos del protagonista; por eso, para entender su novela es necesario recordar que, como escribió Toribio de Ortiguera, los marañones "Diéronse tanta priesa a le matar, porque se entendió que si le llevaban vivo al campo del rey, (Aguirre) conderara á muerte á todos ó á los más de los que se habían pasado, por la mucha culpa que tenían, y porque no fuesen descubiertos sus delitos" (Mampel, *op. cit.*, p. 150); en esa forma impidieron que contradijera

---

<sup>10</sup> De acuerdo con Casto Fulgencio López, la Margarita había sido cedida al Licenciado Marcelo Villalobos, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo, por el emperador Carlos V, según capitulación fechada en Madrid el 18 de mayo de 1525; posteriormente, Villalobos nombró heredera a su hija Aldonza Manrique de Villalobos, que también tuvo una hija, doña Marcela, que se casó con Villandrando. "En tal ocasión la Gobernadora madre, tuvo a bien ceder a los novios la Isla de las Perlas, como regalo de bodas, designando al apuesto yerno como Teniente de Gobernador —o Gobernadora— de la Insula" (p. 180). Agrega que "Para la época de la invasión de Aguirre gozaba el Gobernador Villandrando las delicias de su luna de miel... , agasajado y respetado por sus súbditos y cobrando de las Cajas Reales mil quinientos ducados al año" (p. 181).

su versión de los hechos, pero Otero Silva le concede la palabra, y lo importante en su novela es que se escucha la voz de Aguirre.

*Agrandamiento de doña Inés*

RAMÓN J. Sender hizo una importante aportación al desarrollo del mito al presentar en su novela la relación de doña Inés de Atienza con Juan Alonso de La Bandera, pues Uslar Pietri sólo había mencionado a la mestiza como amante, primero de Ursúa y luego de Salduendo; además, Diego de Aguilar escribió que "Había sucedido el Lorenzo de Zalduendo al Gobernador Pedro de Orsúa en los amores y privanzas de doña Inés" (Amezaga, *op. cit.*, p. 283), y Vázquez aclara que para que don Fernando de Guzmán autorizara el asesinato de La Bandera lo convencieron de que éste se proponía matarlo para tomar el mando "y el que más en esto insistió fue Lorenzo de Salduendo, capitán de la guardia, que estaba mal con Juan Alonso y competían los dos en amores de la doña Inés, amiga del gobernador asesinado" (p. 66); así presenta a La Bandera como un rival de Salduendo, pero no como el amante de doña Inés que habría de eliminar, y en el relato de Ortiguera aparece más bien como un entrometido, pues éste señala que Juan Alonso "dio en ser enamorado de doña Inés, y encontrándose en los amores con Lorenzo de Zalduendo, capitán de la guardia, *que la servía de antes*, vinieron á tener sobre los negros amores muchas pesadumbres" (Mampel, *op. cit.*, p. 384; el subrayado es mío). En cambio, en su biografía Casto Fulgencio López se basa en la crónica de Altamirano y afirma que "Juan Alonso de La Bandera había logrado adueñarse de doña Inés de Atienza" y que "Lorenzo de Zalduendo, aunque se moría por ella, procuraba desfogarse con la dueña María de Sotomayor" (p. 132) y, eso sí, "andaba en compañía de Aguirre atizándole el odio contra La Bandera" (p. 135). Además, en *Lope de Aguirre, the Wanderer*, Walker Lowry<sup>17</sup> escribe que la muerte de Ursúa había dejado a doña Inés sin protección, y ella, aunque hubiera preferido quedarse sola, se dio cuenta de que tenía que unirse a un hombre capaz de protegerla; don Fernando, que había sucedido a Ursúa en el mando, no mostró deseos de quedarse con la amante del gobernador, que por lo demás era considerada como la causa de su ruina;<sup>18</sup> por

<sup>17</sup> New York. Bookman Associates, 1952.

<sup>18</sup> A pesar de todo, John Remming escribe que Guzmán "Convenció a la hermosa Inés para que se uniera a él como consorte" (*En busca de El Dorado*, 2a. ed., Barcelona, p. 188); también que "Había celos hacia el

eso, según Lowry, doña Inés hizo lo mejor que podía: se entregó a La Bandera y en esa forma se protegió de los demás (pp. 39 y 40).

Es posible que Sender leyera a alguno de estos autores, pero de cualquier modo presenta a La Bandera como amante de la mestiza y lo hace de un modo memorable por su sentido del humor; para empezar, explica que La Bandera se la había ganado "dándole en tierra el mejor bohío y poniendo la guardia a su lado", y que ella "había resistido en tierra, (pero) no pudo negarse a bordo del bergantín porque la vista de las aguas del río la enloquecía un poco" (p. 149), de modo que también aquí la naturaleza permite entender los hechos. Doña Inés aparece como una inocente devoradora de hombres, y su nuevo amante no tardaría mucho en correr la misma suerte de Ursúa; "por la noche no se hallaba nunca a La Bandera en la guardia, porque las pasaba todas ocupado en la dulce tarea del amor" (p. 149); mientras tanto, "las hambres que sufrieron [los expedicionarios] fueron tales que tuvieron que comerse los caballos, hasta el último" (p. 150) y después tuvieron que "buscar yuca, que molían y con la cual hacían un pan de casabe o galleta de poco alimento y mal sabor" (p. 150); a veces "se metían en la selva y volvían con algunas frutas silvestres y dátiles y guayabas para sí y los suyos" (p. 150); entonces, "La Bandera se pasaba el día buscando qué comer, no para sí, sino para su amada" (p. 151); lo peor de todo es que "los excesos del amor lo debilitaban y necesitaba reparar fuerzas. Pero los víveres que lograba, se los llevaba a ella y, bien alimentada, Inés exigía más amor. Y La Bandera, feliz temblaba en sus piernas" (p. 151).

El personaje se desarrolla todavía más en la novela de Otero Silva, porque éste asegura que ella se había propuesto vengar la muerte de Ursúa y perder a sus asesinos; primero había eliminado a Pedro de Miranda y a Pedro Hernández, a los que La Bandera mandó dar garrote con el pretexto de que tramaban el asesinato de don Fernando, pero en realidad porque doña Inés se había quejado de que la asediaban; luego, había ocasionado la muerte del

amante de Inés, mezclados con desconfianza al falso príncipe", y "Así, el 22 de mayo, en una isla del Amazonas, Aguirre ordenó a sus hombres que asesinaran a los jefes de la expedición" (p. 188). Antes, Hemming recuerda que "Un portugués, López de Vaz, escribió una crónica de esta notable expedición, de la que sólo se conoce una traducción al inglés isabelino" (p. 187). Se trata de "A Discourse of the West Indies and South Sea", 1587, publicado por Richard Hakluyt en *Principal Navigations of the English Nation*, de la que hay varias ediciones. Remming aparentemente se basa en esta relación.

propio La Bandera y de Cristóbal Hernández, asesinados por alduendo, que quería quedarse con la mestiza, y Aguirre, a quien le estorbaban; por último, ocasionó la muerte de Salduendo, pero hubiera perdido a otros si Aguirre no la manda matar. Los cronistas mencionan este crimen como una de las peores atrocidades de la sanguinaria aventura; el poeta Juan Castellanos, que le dedicó unos versos, escribe que ella murió "sin qué ni por qué" (López, *op. cit.*, p. 164), pero Otero Silva trata de explicar este asesinato, presentándolo como un acto defensivo de Aguirre, y el resultado es que la imagen de la mestiza se agranda; en realidad ya en la biografía de Casto Fulgencio López. Aguirre declara que "Zalduendo anda haciendo motín . . . , y Doña Inés lo embestia en ello" (p. 162); prácticamente, López copia la versión de Pedro de Monguía,<sup>19</sup> pero también se basa en la crónica de Gonzalo de Zúñiga, pues éste asegura que, después de matar a Lorenzo de Salduendo en presencia de don Fernando, Aguirre "le hizo entender con muchos testigos, quel dicho Salduendo tenía hablados y concertados más de cuarenta hombres para otro día matarlos a él y al dicho D. Fernando y á todos los que se hallaron en la muerte del Gobernador, y que así se lo había prometida á Da. Inés" (Mampel. *op. cit.*, p. 16); además, otro cronista, Custodio Hernández, había escrito que aunque la mestiza aceptó a Salduendo como amante, "se olgara (*sic*) que a todos los matadores de pedro de orsúa (*sic*) los llevara el diablo" (Mampel, *op. cit.*, p. 195). Rosa Arciniega aprovecha en apariencia esta observación, pues en *Dos rebeldes españoles en el Perú* (1946) asegura que La Bandera había hecho suya a doña Inés, y "ella fingía corresponder, o correspondía en cierto modo, a sus amores con la secreta esperanza de vengar por medio de él a su ex amante" (p. 321), pero esta autora atribuye a Lope de Aguirre los asesinatos de Pedro Hernández y Pedro de Miranda, mientras que Otero Silva prefiere ponerlos en la cuenta de la mestiza. Por eso en su novela ella deja de ser un personaje pasivo y adquiere mayores dimensiones, pues aparece como la única persona capaz de oponerse a Aguirre.

<sup>19</sup> Pedro de Monguía escribe que al enterarse del asesinato de doña Inés, Guzmán "se paró muy triste diciendo que ¿qué cosa era matar una mujer? é más sin confisión é sin darle á él cuenta, é que por cierto quel diablo le había metido a él en estas cosas. E luego Lope de Aguirre lo hizo un parlamento, en que le decía que *Lorenzo de Salduendo anda á haciendo motín é gente contra su merced, é que doña Inés le envestia en ello;* y él, como hombre celoso del servicio de su merced, había hecho aquel castigo" (Mampel, *op. cit.*, pp. 180-181, el subrayado es mío).

*Diálogo intertextual*

Es claro que hay una especie de diálogo entre las tres novelas que he comentado, y esto sobre todo se puede apreciar en la forma en que los autores retoman los mismos episodios; el de la muerte de Ursúa puede permitirnos aclarar esto, pues Uslar Pietri cuenta que, mientras La Bandera y Montoya asesinaban al gobernador, "Guzmán había permanecido adosado a la pared de palma como paralizado, contemplando la escena sin intervenir en ella" y que "Parecía muerto" (p. 92), con todo lo cual lo pinta como un cobarde; en cambio, Sender escribe que Montoya le dio a Ursúa "una gran estocada que le atravesó las costillas por el lado derecho" (p. 124) y otros lo remataron, después de lo cual, "por no ser menos y afianzarse en la confianza de los demás, el mismo don Hernando, que estaba fuera con Aguirre, entró y en presencia de todos clavó su espada en el cuello de Ursúa" (p. 125); es obvio que "Con aquello quería decir que se hacía responsable de lo hecho y no pedía en el futuro menos responsabilidades que los demás ante la justicia, si el caso llegaba" (p. 125). La manera en que Uslar Pietri presenta al hombre que los marañoses eligieron Príncipe de Tierra Firme y Perú le debe haber parecido a Sender completamente inapropiada, pues don Fernando no puede haber sido un cobarde, pero a Otero Silva también le debe haber parecido inapropiado que Guzmán meta su espada en el cadáver de Ursúa —esto hubiera chocado tanto a los marañoses como palidecer y quedarse tieso. Si Aguirre no tuvo que hacer esto, tampoco don Fernando tenía que posar en esa forma, pues era tenido por una persona de calidad y no necesitaba meter las manos. Por eso, en la versión de Otero Silva, don Fernando presencia el asesinato del gobernador y sólo interviene para impedir que los rebeldes también maten a Pedrarias, que trató de defender al gobernador. Por otra parte, Sender no quiso presentar a La Bandera primero como el victimario de Ursúa y luego como el amante de doña Inés, pero esto a Otero Silva le parece completamente verosímil y aún más dramático; en su novela hay por eso una escena en la que Inés llora de rodillas junto al cuerpo de Ursúa, después de haber sido insultada por los expedicionarios amotinados, y La Bandera le promete que el gobernador será enterrado cristianamente.

También son reelaborados algunos episodios circunstanciales. Por ejemplo, Uslar Pietri cuenta que un soldado le quitó a un indio su cerbatana y le pidió por señas un dardo, el indio no quiso dárselo, y el soldado al quitárselo se pinchó; inmediatamente, sintió una creciente pesadez, quiso gritar y no pudo, creyó flotar, se

le borró la vista y vio dos tres, cuatro indios en vez de uno. "Los veía de abajo. Se había caído. Ya no lo veía" (p. 54). El episodio es realmente de película; hay aquí lo que en el lenguaje del cine se llama un "plano subjetivo" cuando dejamos de ver al soldado y vemos al indio como el soldado lo ve; sin embargo, a Ramón J. Sender le debe haber parecido que los españoles que se metieron al Marañón con Ursúa no eran tan bisonos como éste y por eso escribe que, "cuando sospechaban que una flecha tenía ponzoña, lo primero que hacían era raspar con ella la piel de un indio, a quien observaban, y si seguía vivo después de algunas horas, la flecha no estaba envenenada" (p. 228); incluso asegura que Aguirre realizó dos veces este "experimento" (pp. 228 y 237). Por su parte, Otero Silva relata que "Gonzalo Cerrato le arrebató una de sus flechas a un indio y le preguntó por señas si era venenosa, respondió el prisionero también por señas que no lo era, y entonces el Cerrato le hizo con la punta de la flecha un rasguño en la pierna izquierda del cual manó sangre, el indio impasible no dijo palabra, ni hizo gestos, pero a la mañana siguiente lo hallaron emponzoñado y muerto por su propia flecha" (p. 236), en esa forma, Otero Silva parece mediar entre Uslar Pietri y Sender acerca del episodio del dardo envenenado, pero además en su novela el propio Aguirre asegura que "no le place matar indios" (p. 236). No hay duda, en fin, de que Otero Silva escribió en respuesta a la novela de Ramón J. Sender ni de que éste a su vez había escrito en respuesta a la de Uslar Pietri.

### *Una película alemana*

A PESAR de todo lo que se ha escrito sobre la rebelión de los marañones, ésta es sobre todo conocida por una película alemana, *Aguirre, der Zorn Gottes* (1973) de Werner Herzog, que además resulta interesante por la manera en que el autor maneja los hechos. Su versión abunda en inexactitudes y arreglos. Pedro de Ursúa no es asesinado por sus hombres, sino que los marañones lo juzgan y sentencian a muerte; sin embargo, don Fernando de Guzmán interviene y conmuta la pena capital por un castigo ridículo: Ursúa no recibirá su parte del tesoro de los Omaguas. El episodio no tiene aparentemente otro propósito que mostrar el carácter conciliador del príncipe. Más tarde, Aguirre ordena que se cumpla la sentencia original, y Ursúa es ahorcado, aunque los encargados de la ejecución tienen algunos problemas para encontrar un árbol apro-

piado en la selva. No hay que olvidar que durante la Conquista el respeto de los españoles a los convencionalismos legales produjo innumerables episodios absurdos. Además, doña Inés se interna en la selva y en esa forma se suicida en vez de morir acuchillada; es claro que ella rechaza a los españoles y que no le parecen peores que éstos los salvajes que amenazan la expedición. Los marañones no salen del Amazonas y navegan hacia la Margarita, sino que se pierden en el río; miran un barco colgado de las ramas de un árbol, pero creen que es un espejismo; las flechas de los indios los hieren, pero creen que son imaginarias. Se han perdido en el delirio de Aguirre y ya no saben qué es real y qué no lo es. Abrazando a su hija, que ya tiene una flecha en el cuerpo y agoniza, Aguirre habla de fundar con ella la dinastía más pura, a imitación de los Incas.

En cierta forma, en la película se confunde la expedición de Ursúa con la de Orellana, pues al principio se dice que el único documento que se conserva de ella es el diario del fraile Gaspar de Carvajal, que en realidad escribió el relato del primer viaje por el río de las Amazonas; además, Ursúa es enviado por González Pizarro en busca de El Dorado, y los trescientos españoles y centenares de indios que acompañaron a Ursúa se reducen a unas decenas, para que la rebelión de los marañones resulte todavía más desatinada. Además, la película incluye anécdotas relacionadas con otros episodios de la Conquista; por ejemplo, en cierto momento los marañones encuentran a una pareja de indios remando en una canoa, y al hablar con ellos, el indio les dice que sus antepasados habían profetizado la llegada de los españoles, de un modo que recuerda el encuentro de Moctezuma con Cortés y la leyenda de Quetzalcóatl; luego le dan al indio una Biblia, asegurando que contiene la palabra de Dios; él se la lleva al oído, pero al no oír nada, la arroja al suelo, y los españoles lo matan; la escena repite la de la captura de Atahualpa en Cajamarca unos años antes. En esa forma, se elabora una síntesis de la Conquista y Aguirre se convierte en un símbolo de los españoles que buscaron la fuente de la juventud en la Florida o las ciudades de Cibola y Quivira en los desiertos de Colorado. La película empieza precisamente con la imagen de un letrado en el que se lee que los indios inventaron la leyenda de El Dorado para librarse de los españoles y perderlos en el Amazonas, que ellos sabían impenetrable. La Condamine, por cierto, atribuyó la leyenda, por un lado, a "la codicia de los europeos que a todo trance querían encontrar lo que buscaban" y, por otro, al "temperamento embustero y propenso a la exageración de los indios, interesados en alejar de sí huéspedes incómodos" (pp.

67-68). La expedición obedece por eso a un engaño; los españoles caen en una trampa. Las siguientes imágenes los muestran bajando por un sendero escarpado hacia la selva y nos dan la idea de una "caída", de un *descensus ad inferos*, donde hay un calor insostenible, pero en vez de llamas hallamos una vegetación inextricable. El viaje culminará con la imagen de la balsa de Aguirre dando vueltas en el ancho Amazonas, como si hubiera llegado al vórtice, al remolino de la locura.

Es innegable que el éxito de la película se debe en parte a los actores; el cineasta brasileño Ruy Guerra y la hermosa actriz mexicana Helena Rojo se las arreglan lacónicamente para representar a Ursúa y a doña Inés de Atienza, mientras que Klaus Kinski desempeña admirablemente el papel de Aguirre, a quien Vásquez había descrito como un "hombre de casi cincuenta años, muy pequeño de cuerpo y poca persona", "mal agestado, la cara paqueña y chupada", y "los ojos que, si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco especialmente cuando estaba enojado" (Mampel, *op. cit.*, p. 270); además, Peter Berling aparece como don Fernando de Guzmán, de quien el mismo cronista dijo que era "virtuoso y enemigo de crueldades", pero "vicioso y glotón", pues le gustaba mucho comer "frutas y buñuelos y pasteles, y en busca de estas cosas se desvelaba" (Mampel, *op. cit.*, p. 229). También se quiso rodear de cierta pompa, y Custodio Hernández anota, por ejemplo, que "Gonzalo Duarte fue nombrado mayordomo mayor del Príncipe Villena de C. Maestresala, los pajes de Orsúa servían uno de copero y otro de copa y jarro", y otro soldado (era) camarero"; por si esto fuera poco, "Tenía también doce gentiles hombres y guardia de armabuceros día y noche" (Mampel, *op. cit.*, p. 197). En la película aparece muy complacido tomando posesión por escrito de la región que atraviesan. "Nuestras tierras son ya seis veces más grandes que España y cada día de viaje se agrandan", comenta. En otra escena protestan porque un pescado relleno de frutas rojas que le sirve su criado no tiene sal, y éste le explica que los soldados tienen que contar sus granos de maíz. Mientras come, los soldados lo miran con hambre, pero él, molesto por el único caballo que les queda, lo echa al río lo que ocasiona su muerte. Por supuesto, el personaje es remodelado en el guión pero Peter Berling desempeña el papel del príncipe de un modo memorable.

La libertad con que Werner Herzog maneja los hechos es de cualquier modo lo importante y hay que decir que se malentendió; en algunas reseñas de la película se le reprochan sus arreglos y las

inexactitudes en que aparentemente incurre;<sup>20</sup> hay una escena, por ejemplo, en que los hombres de Aguirre asaltan un poblado indio y uno de ellos se apodera de una penca de plátanos, que, de acuerdo con un crítico, todavía no se habían introducido al continente en esa época. También se dijo que los monos que hacia el final ocupan la balsa, son animales asustadizos que nunca se hubieran acercado a una persona, y se comentó que las mujeres aún en medio de la selva se mantenían tan limpias, como si estuvieran filmando un anuncio de jabón. La vestimenta de los personajes parecía propia de una ópera y muy poco adecuada para el trópico. No se percibió, en fin, que en todo eso había una especie de licencia poética. Incluso el poeta Luis Rosales me dijo en cierta ocasión que le parecía lamentable que se hubiera reemplazado la escena en que Aguirre mata a su hija, y yo creo que sólo una persona de otra cultura se lo podía permitir, porque a cualquier español o hispanoamericano ese asesinato le hubiera parecido demasiado importante. Las novelas sobre Aguirre aparentemente agotan el tema, pero la película nos recuerda que todavía puede dar para más.

---

<sup>20</sup> El guión de la película se publicó en *L'Avant-Scène du Cinema*, núm. 210 (1978); esta parte de mi trabajo se basa, por lo demás, en la bibliografía sobre la película publicada por Peter W. Jansen y Wolfram Schüte, eds en *Werner Herzog*, Munich, Carl Hanser, 1979, pp. 159-160. La mayor parte de las reseñas, artículos y entrevistas me fueron proporcionadas por Edmund Hogrebe, a quien le agradezco su colaboración.